

NO el Mediterráneo clásico, ni el paraíso de que tan a menudo nos ha hablado la literatura, sino el estrecho cinturón de tierras laborables, humanizables, de angostas y poco numerosas llanuras rodeadas de ingentes cinturones de montañas ásperas y hostiles, es el marco geográfico que encuadra la vida inquieta, llena de peligros, esperanzas y decepciones del hombre del Mediterráneo del siglo XVI —cristiano, herético, semipagano o musulmán— de que nos habla el profesor Fernand Braudel. * En la metodología del autor, la exposición de ese fundamento geográfico tiene como objetivo alcanzar una mejor comprensión de los acontecimientos de la época, por cuanto éstos son, a la vez, fruto de la libertad humana, del orden especial de fines que rige la vida del hombre, y de lo que podríamos llamar el "fatalismo físico" del medio ambiente. Este fatalismo físico, por ejemplo, nos ayuda a entender la desesperante, y ya clásica, lentitud de la política española de aquel tiempo. El mar Interior oponía a la acción de España el inmenso obstáculo de sus enormes distancias, medidas con los recursos técnicos de la época. La política de Felipe II que se desplazaba por las dilatadas llanuras marítimas de difícil navegación, procelosas y de hecho intransitables en invierno, que separan a España de Italia no contaba con los múltiples puntos de apoyo que el Islam encontraba en las islas sometidas del archipiélago Egeo. Fué ese vacío pavoroso, que imponía una desesperante navegación de cabotaje, el que retardó y limitó, cuando no hizo terminar en fracaso, la acción española, y, con ella, de gran parte de la Cristiandad, contra el gran enemigo del momento: la Turquía de los otomanos.

Lo que más sorprende de la descripción geográfica a la que el historiador francés dedica una buena tercera parte de su obra, es el descubrir la pobreza irremediable de las tierras del mar Interior salvo algunos vergeles de excepción, el litoral latino y así todas las islas contrastan por su aridez con las ricas llanuras europeas. Al conocerla se nos desvanece la elegante frugalidad del hombre latino, menos espiritual que obligada por la parquedad de los recursos con que cuenta. Y no podía ser de otro modo, por sus condiciones climáticas, especialmente por el inadecuado orden de las precipitaciones pluviales, que caen en mayor cuantía en invierno, es decir, cuando ha terminado y no puede comenzar el ciclo vegetativo de las plantas cultivables más importantes. Habida cuenta de sus vas-



Convoy de cautivos cristianos

EL MEDITERRANEO EN EL SIGLO XVI

Por Francisco GONZALEZ ARÁMBURO

tas sedimentaciones calcáreas, de la poca profundidad de los suelos fértiles de la anfractuosidad y de los bruscos declives de los terrenos. En el siglo XVI agrava esta situación el agotamiento de las pocas llanuras verdaderamente feraces, como las de Sicilia, que habían sido los graneros tradicionales de todas las culturas que se sucedieron en el Mediterráneo. Pues esta Sicilia, que fué la Magna Grecia, a la que se disputaron encarnizadamente Roma y Cartago, musulmanes y normandos, ve en la época de que nos ocupamos sensiblemente mermada su riqueza y llega hasta el extremo de padecer penuria de cereales. Llega inclusive a sentir hambre, el hambre familiar de tantos personajes de la literatura española, como se cuida de subrayar agudamente Braudel. Hambre que no se sacia nunca del mundo cristiano que pone en manos de la Turquía que cuenta con los graneros de Tracia y de las llanuras balcánicas, un triunfo que sabe manejar hábilmente. De ahí que sea la gran preocupación de todos los gobernantes, tanto de las burguesías o de las aristocracias que gobernaban las ciudades italianas, como de los reyes abso-

lutos. De un Felipe II, por ejemplo, a quien un alto funcionario informaba puntual y minuciosamente de la marcha de las cosechas, de lo que prometían o amenazaban las lluvias, de las esperanzas que se sustentaban en las siembras. Hambre generadora de las migraciones, que arroja sobre las tierras privilegiadas las avalanchas de los nómadas, ahuyenta a los que están de más y hace del agricultor mediterráneo un modelo de ingenio y de tenacidad. Ella obliga a restarle terreno a la montaña, y adiestra en la frugalidad a los hombres, capaces de sostenerse con unas cebollas y un trozo de pan, o con unos cuantos tomates y pimientos. Hambre vieja, viejísima, por la que casi sin excepción, todas las culturas que florecieron en el Mediterráneo fueron creaciones de pueblos de comerciantes, movedizos y afanosos, que iban a buscar lejos de sus lares el diario sustento.

Por eso el marco geográfico que abarca y explica la historia mediterránea no se circunscribe a las pocas llanuras fértiles, a las marismas arrebatadas penosamente a las aguas estancadas donde se incubía la malaria sino que sube por las faldas de las

montañas, a veces hasta considerables alturas, cubre el gran rimerio de islas que manchan el mar y se desborda, por razón de íntimos contactos, sobre los Alpes, haciéndose camino hacia el sur de Alemania; Ródano arriba hacia la rica Francia; por los caminos del mar, hacia Inglaterra y los Países Bajos; en busca del oro y la plata hacia América y el interior del África; para encontrar las sedas y las especias, hacia el Asia. Porque esta zona, aparentemente tan bien delimitada, se nos pierde por los confines de la Tierra en cuanto nos alejamos un poco de los límites puramente físicos y la queremos amojonar según las huellas de su vida humana. Por haberlo comprendido así, al hablarnos del Mediterráneo Fernand Braudel nos da una imagen mucho más compleja y variada de lo que por el título del libro pudiéramos esperar. No son, pues, en la metodología del autor, una mera introducción convencional las páginas dedicadas a la geografía, sino un esclarecedor punto de partida para entrar en el estudio de la historia económica social y política.

Al establecer minuciosamente las posibilidades materiales del mundo mediterráneo, Braudel nos introduce a la comprensión de su vida económica y social, y de los grandes trastornos y reacomodamientos que tuvieron lugar en el siglo XVI. En esta época, se inicia claramente la decadencia de las poderosas y activas ciudades industriales y comerciales italianas, toca a su ocaso el esplendor del cuadrilátero Génova - Milán - Florencia - Venecia. A lo largo del siglo se desarrolla la dramática lucha por las especias de Oriente, fuente del más remunerador de los tráfico comerciales y sostén de otros comercios vitales, como el de las sedas brutas y elaboradas. Aunque la llegada de los portugueses a Calicut amenazó de muerte este tráfico, los mercaderes venecianos supieron mantener abierta la gran vía terrestre que los comunicaba con el Asia; administrar sabiamente su comercio y valorar sus productos en el mercado europeo. No fueron los portugueses, sino los nuevos competidores, los nórdicos, los que arruinaron definitivamente este tráfico esencial. No hay que olvidar que los tráfico principales del Mediterráneo, los que se alimentaban de sus propios recursos, no bastan para explicar su inmensa actividad económica. Para comprenderla, tenemos que añadir al comercio de la sal —que puso las bases de la riqueza de Génova y Venecia—, del azúcar, de los trigos sicilianos, del aceite, de la lana y los vinos; de los artículos de lujo, como el coral y las ricas sedas labradas, la poderosa vida industrial elaborada del hierro en Milán, de las sedas

* *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de Cultura Económica, México, 2 tomos, pp. 1304.

y de las lanas en Florencia y Nápoles, del vidrio y de las telas preciosas en Venecia.

Cuando esta industria decae, las demás fuentes de riqueza no tardan en seguirla. Génova abandona sus manufacturas y se convierte en ciudad financiera, asociada al oro y la plata que la política española se veía precisada a diseminar por Europa entera. Los ricos se hacen más ricos, se aristocratizan —proceso universal y característico de todas las ciudades— estado de esta época y los pobres se tornan más miserables que nunca. Venecia pierde —bien que muy a fines de siglo— sus más sustanciosos comercios, al periclitarse el gran tráfico cuya ruta fundamental era el Asia menor y al no poder contrarrestar la competencia creciente, irresistible y brutal de los nórdicos. Milán y Florencia van abandonando poco a poco sus industrias y sus ricas burguesías urbanas, al igual que las de Barcelona y Valencia, invierten su dinero en la adquisición de tierras, y se señorializan: La paralización de la vida económica trajo, pues, un profundo cambio en la evolución de la organización social. La autonomía de las ciudades-estado no se pudo seguir sosteniendo. Las burguesías desaparecen de ellas. A esas burguesías urbanas, incorporadas o no a grandes estados nacionales, hay que buscarlas fuera del Mediterráneo, en el norte de Europa y en Inglaterra, donde realizan una profunda revolución social de carácter democrático. Al detenerse el progreso económico, se paró, cuando no se invirtió, el desarrollo de las estructuras sociales.

El gran acontecimiento histórico del siglo XVI, como resume sagazmente Braudel, el que marca la hora del ocaso definitivo del Mediterráneo, es la traslación hacia el Océano Atlántico del centro rector de la vida económica universal. Son los pueblos atlánticos los que impondrán al resto del mundo las condiciones básicas del proceso económico. Si en el siglo XV las ciudades italianas eran la mejor atalaya para contemplar la vida económica de Europa, un siglo más tarde, para pulsar de cerca el ritmo de la corriente económica mundial tenemos que trasladarnos a las ciudades holandesas y a la Inglaterra que comienza a sentar las bases de su gran desarrollo mercantilista. Por no haber sabido comprender la trascendencia de este cambio España dejó de ser potencia universal. Cerrado el siglo XVI, y aun antes, España fué un coloso con pies de barro. Para seguir siendo potencia mundial, a pesar de sus vastas colonias, o precisamente tal vez por eso mismo, Felipe II debía haber abandonado, se aventura a de-

cir el historiador francés, los fines políticos de su padre y debía haber elegido como capital de su gran imperio una ciudad que como Lisboa o Amsterdam, se abrieran a la amplitud del nuevo horizonte, al Océano Atlántico.

Pero para llegar a formar un juicio apreciativo de los grandes trazos de la historia, primero realiza Braudel una depuración y un considerable enriquecimiento de los "datos" en los que debe apoyarse. Trata de que se presten vida unos a otros, que se comuniquen sentido, sin recurrir a los imponentes armazones filosófico-históricos con que tradicionalmente se ha querido organizarlos. Es el suyo un método que procede de dentro hacia fuera, una cuidadosa inducción, en cuyos resultados ve de no poner nada que los "hechos" no permitan decir. No se afilia a ninguna concepción filosófica —que siempre es metafísica—, de la historia, y todos los principios orientadores de la investigación se convierten en sus manos en instrumentos de una síntesis que no pretende tener carácter absoluto. Por ello este historiador francés se demora en infinidad de detalles, con cuya organización sistemática recrea el cuerpo del pasado. Nos muestra la esclavitud de hecho que prevaleció en muchas zonas del mundo cristiano, especialmente en los latifundios dedicados a la explotación capitalista del campo. Eran simples esclavos los campesinos de los arrozales, y no era otra la condición de los que trabajaban en el nuevo y desolador cultivo de la caña de azúcar. La dureza de la organización social, añadida a un considerable aumento de la población registrado en el siglo, y junto a la limitación de los recursos técnicos produjeron uno de los males endémicos del siglo: el bandolerismo. Estas condiciones aparecen, aunadas a radicales diferencias culturales, a la base de uno de los acontecimientos peor comprendidos de la historia de España, la guerra de Granada y la expulsión de los moriscos. Si esta guerra, a pesar de su crueldad, tuvo carácter de cruzada nacional, si fué una guerra "popular", se debió a que tras los imperativos religiosos y las exigencias del redondeamiento de la unidad política, se movían las necesidades de millares de "cristianos viejos" sin tierras, que veían en los campos de los moriscos el espacio vital que un crecimiento demográfico inusitado hacía más precioso que nunca. Prueba de ello, el que esos campos no tardarán en ser repoblados, y que su rendimiento, contra todo lo que se ha dicho, no sufriera un descenso de importancia.

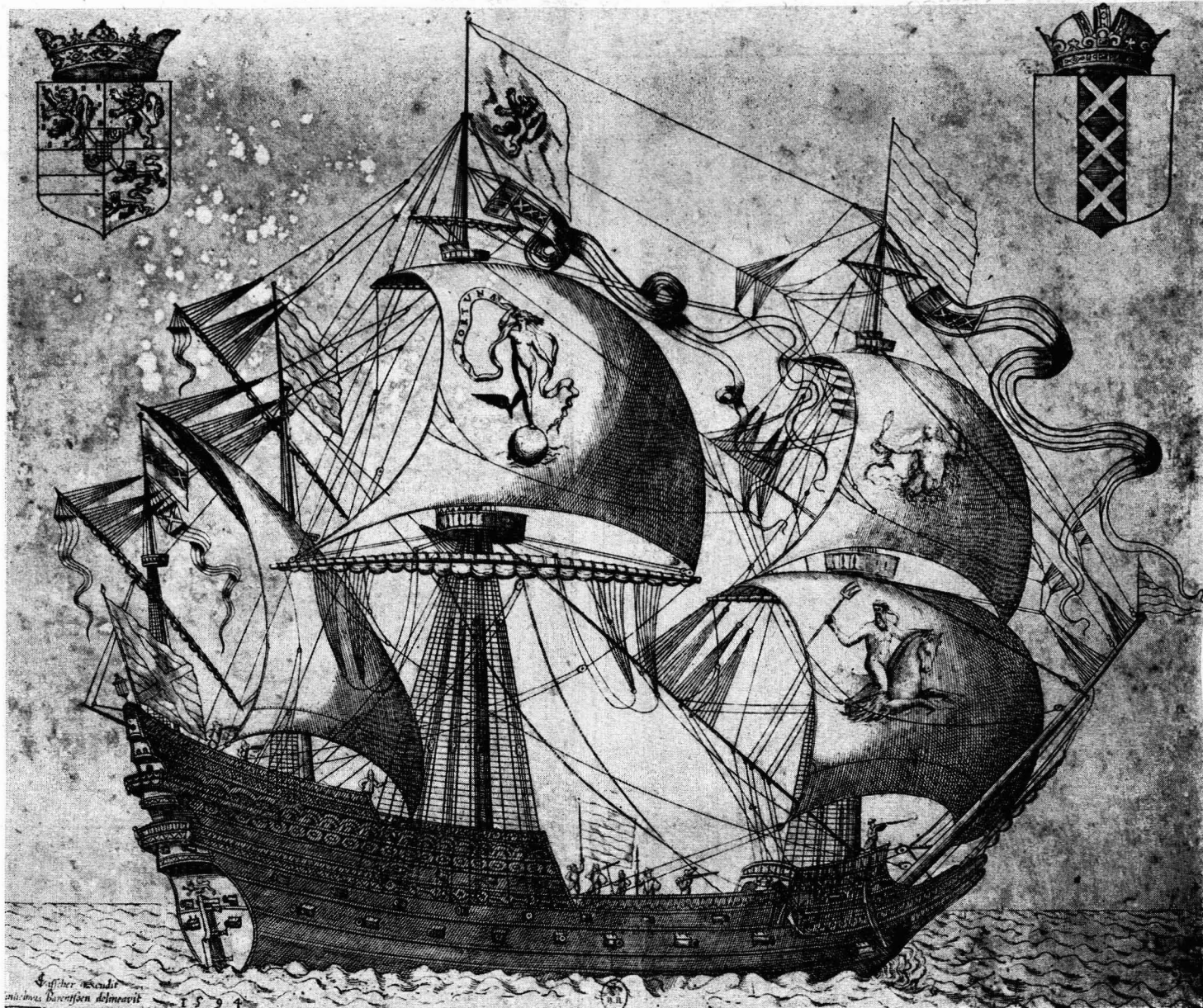
Páginas sugestivas dedica a otro asombroso fenómeno del siglo: el del auge de la piratería, especialmente de la musulmana que dió nacimiento a la singular fortuna de Argel, la espléndida ciudad de Barbarroja y de los "reyes del mar". Esa piratería, junto con las incursiones de las armadas turcas, mantuvieron abierta una herida en el cuerpo del mediterráneo cristiano, lo que no quiere decir que este último se abstuviera de iguales procedimientos, como lo prueban la historia de los Caballeros de Malta y de San Esteban, y las audaces correrías de los piratas sicilianos y del Levante español. A fines de siglo, a la zaga de los comerciantes, llegan los piratas nórdicos, los más crueles de todos, a juicio de musulmanes y cristianos. Pero lo más curioso es que nadie estuviera a salvo de sus depredaciones, y que nadie se abstuviera, con cualquier pretexto, de asaltar, si la ocasión era buena, al primer pacífico buque mercante que se le atravesara. La piratería llega a constituir una especie de segunda red comercial, a menudo más eficaz que la legítima. Nos habla de los finos veleros nórdicos que desplazaron inevitablemente a las pesadas galeras mediterráneas, adecuadas para la navegación costera del mar Interior pero casi inútiles para la lucha con el océano. De la superioridad natural, por la infinidad de pueblos marineros que poseen, y de los recursos en maderas, especialmente para la navegación de la época, que los pueblos del norte de Europa tenían para la competencia a mar abierto.

Enumera las crisis financieras, las grandes quiebras, la pavorosa inflación que aumenta al correo del siglo, las fugas de los metales preciosos hacia el arca sin fondo de Asia, la subida funesta de los precios, las corrientes del oro sudanés y de los metales preciosos de América y sus graves repercusiones en las finanzas. Nos habla de la constante penuria de dinero que padeció el imperio europeo de Felipe II, los expedientes de que se valió para contrarrestarla, de las dificultades que tuvo que vencer para situar su dinero allí donde las vicisitudes políticas lo requirían, su incesante lucha con el gran enemigo de todas las políticas del momento: las distancias.

La cuidadosa exposición de la complicada estructura socio-económica del Mediterráneo tiene como objeto fundamentar la rectificación de las "explicaciones inexactas de tantos historiadores" y primordialmente demostrar "que el telón no se corrió sobre la escena de las grandezas mediterráneas antes de los años 1610 a 1620". Pero es

también, como la parte geográfica lo fué para la socio-económica, la introducción necesaria a la consideración de la historia política, a la relación y a la comprensión de la historia de los acontecimientos y de los hombres que los vivieron, los precipitaron o les dieron un sentido. Y el siglo es fecundo en grandes sucesos y personalidades relevantes. Se retira de la escena europea, y con él toda ideología política, el último aspirante a la monarquía universal: Carlos V. Con su muerte se termina la desmembración del vasto imperio de los Habsburgos, que se escinde definitivamente en las ramas austriaca y española. Se inicia la preponderancia inglesa, que todavía ha de esperar más de un siglo para afirmarse. Los Países Bajos se separan de España y se señalan su destino propio a través de la organización de su vigoroso imperio comercial. A la reforma religiosa le sucede la decidida Contrarreforma que pone de una vez para siempre al cisma protestante el límite de los Alpes y de los Pirineos. Rechazo que no fué tan sólo obra de una dura política interesada en conseguirlo, sino resultado de una radical diferencia espiritual y cultural, consecuencia de la "impopularidad" de la áspera, religiosidad del hombre del norte.

La supremacía turca toca a su fin. Fracasa rotundamente el poderío musulmán en el asedio de la isla de Malta y pocos años después se da la batalla decisiva de Lepanto, gracias a la realización de la Liga Santa, cuyo factor principal fué la decidida y firme vocación de cruzado de Pío V. Aunque también la decidieran una honrada política española y el agobio en que Venecia había vivido en la segunda mitad del siglo XVI. La inmensa victoria de las flotas aliadas fué menos estéril de lo que, un Voltaire entre otros, tantos historiadores afirman. Sus frutos no se recogieron inmediatamente, pero a partir de ella el poder naval turco entra en franca declinación y el mundo cristiano supera una especie de "complejo de inferioridad" que lo había hecho permanecer en una agotadora e infructuosa defensiva. Hacia fines de siglo la guerra abandona su escenario tradicional, el centro del Mediterráneo y se desplaza al frente atlántico, y al extremo occidental del norte de África. Con Alcazarquivir se pone fin a una indecisa política secular española y la conquista de Portugal no es más que un compás de espera de la decadencia ibérica. Dos años antes de terminar el siglo, como si con su muerte lo cerrara, toca a su fin el reinado de Felipe II, que desde el centro de su tela de araña, tras



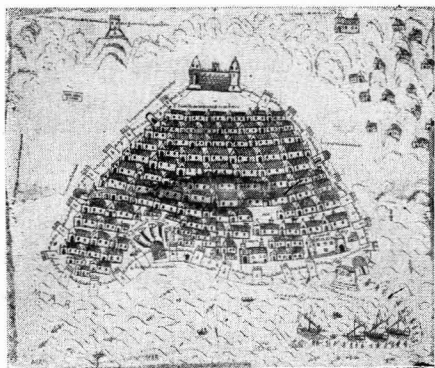
Galera holandesa del siglo XVI

EL MEDITERRANEO

(Viene de la pág. 23)

de su mesa cubierta de papeles, manejó los hilos más importantes de la política europea de la época, y desde el cual pudo contemplar, como ninguna otra personalidad política de aquellos tiempos, el panorama todo del acontecer occidental. Por eso, leer detenidamente esta obra de

EN EL



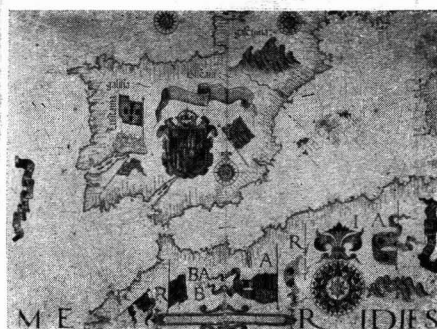
Plano de Argel



Felipe II

Fernand Braudel, más que familiarizarnos con la historia de un determinado sector, nos permite formarnos una visión de conjunto, desde un lugar privilegiado, de una de las épocas más fecunda en acontecimientos y personalidades relevantes de Europa.

SIGLO XVI



Mapa de España